

LA RAIGAMBRE MEDIEVAL EN LA CULTURA MEXICANA*

ES YA UN HECHO INCUESTIONABLE que la colonización y el desarrollo cultural del continente latinoamericano surge de una base estrictamente medieval, caracterizada por un sentimiento de militancia en todos los órdenes de la vida que va desde el que participa en las Cruzadas, hasta el que se inicia en los rigurosos hábitos del capitalismo moderno, sin olvidar el surgimiento de las órdenes religiosas con su enorme aportación al mundo de la ciencia y la tecnología de la época.

El Medievo, un periodo histórico que abarca poco más de diez centurias ha sido deficientemente estudiado en nuestro medio por prejuicios heredados de los filósofos de la Ilustración. Pensadores como Voltaire y Diderot juzgaron a las instituciones medievales por el estado de decaimiento en el que sobrevivían cuando ellos escribieron sus comentarios y tomaron como punto de partida para sus severas críticas a la ignorancia y la superstición populares que quedaban como un resabio del esplendor medieval francés. De modo que al referirse a la alta Edad Media, una época rica en avances científicos, tecnológicos y culturales, quizás uno de los momentos más grandes de la cultura europea, lo hicieron asegurando categóricamente que el Medievo había sido una época de oscurantismo y horror. El deseo de los enciclopedistas de menoscabar la influencia de las instituciones eclesiásticas en Francia los llevó a una obsesión antigótica que destruyó edificios, instituciones y acervos documentales de esa época, que según el filósofo norteamericano Lewis Mumford, hubieran evitado los enfoques de deshumanización que vive la sociedad contemporánea de haberse preservado y estudiado debidamente.

Si uno revisa con cuidado este periodo encontrará que las exploraciones y descubrimientos del llamado Nuevo Mundo estuvieron marcados por una nota de esperanza, de búsqueda feliz, de asombro, de la misma manera que los cohetes que se lanzan al es-

* Dos reseñas sobre el libro de Luis WECKMANN, *La herencia medieval de México*. México, El Colegio de México, 1984, 2 vols.: 837 pp.

pacio y los taxis espaciales *Columbia* y *Challenger* nos prometen, hoy, el descubrimiento de vida en otros planetas. La imaginación de la mente medieval, plagada de sueños y una luminosidad original que aun sorprende a estudiosos que osan aventurarse en los viejos textos, no difiere en mucho del asombro que produce el avance científico que pretende la conquista del espacio sideral. Es irrefutable que el hombre del Medievo como el de nuestros días aún continúa en la búsqueda de fantasías arcaicas y planea viajes futuros, en el espacio cósmico.

La conquista de América se consiguió por la ambición, audacia y ferocidad de los conquistadores, magnificadas las hazañas por la superioridad de las armas, el refinamiento de su equipo frente al de los indígenas, pero sobre todo, por la rudeza de sus costumbres. El desafío impuesto por la soledad y la lejanía de sus centros de vida citadina o palaciega al estilo europeo, estuvo regido por la imposición de una legislación cuidadosamente ortodoxa, al estilo de la caballería medieval aún vigente en las cortes de Castilla. Pero la aplicación real de esta legislación estuvo acompañada de la dureza de carácter conseguido después de los embates de fieras campañas en terrenos inhóspitos y desconocidos. Por eso, la colonización de América revive, con más saña que antes, una de las instituciones de la antigüedad que había fenecido durante la Edad Media con el sistema feudal, la esclavitud.

La dureza y falta de escrúpulos de los aventureros que realizaron la conquista está acompañada de ese mundo de sueños arcaicos que describe con detalle y erudición el Dr. Weckmann. Pero a la vez, libres de la supervisión real, los conquistadores, viven su libertad con más fiereza. Legalmente se asientan en nombre de sus Majestades en las tierras conquistadas. De hecho, éstas son sistemáticamente requisadas por la fuerza y el fraude. La sobrevivencia de las culturas aborígenes constituye para ellos un peligro. Los ritos, guerras y antropofagia indígenas están muy lejos de ser aceptadas por el ideal del humanismo que desplegaban ya las cortes renacentistas de Carlos V y Felipe II. Por eso, aprovechando la "cruzada" de la Contrarreforma, se usa también la imposición de la fe cristiana como una forma distinta de institucionalización de la conquista.

Pocos son los estudiosos que se dedican a revivir desde el punto de vista de la cultura y la mentalidad (*Kultur und geist geschichtes*), como lo hace en este libro el Dr. Weckmann, la maravillosa sensación de exploración, descubrimiento y encuentro de aquellas épocas cuando un puñado de hombres se abocó al descubrimiento de

la inmensa variedad cultural de la humanidad, la vasta y muy rica composición de la historia del hombre que casi iguala en abundancia y variedad original al mundo de la naturaleza. Mitos, leyendas, formas extrañas que habitan las artes plásticas y gráficas de la época, los sistemas de anotación, la legislación y los rituales así como las creencias religiosas y las interpretaciones cósmicas del Medioevo pueden permitirnos una revisión paralela con la que están viviendo las generaciones contemporáneas. El *Yaldabaot* —ese ser extraño que parece lagartija con patas de rana y cuerpo de gusano— y *Chubaca* —el lobo peludo— de la *Guerra de las Galaxias* difieren poco de los animales fantásticos medievales como las quimeras y los unicornios. Igual que entonces, la mente humana, se mueve libremente del pasado al futuro, y marca, escoge, anticipa y se proyecta liberada de la presencia provincial de lo que sería un insistente aquí y ahora. De ahí la importancia de un texto tan extenso como erudito, elaborado en tres décadas de paciente investigación del doctor Weckmann.

Lo que se hace patente después de leer este complejo, pero ameno y aun divertido texto, es la urgencia de una revaloración del periodo medieval en nuestra enseñanza de la historia. Pero más que eso, es la urgencia del hombre de recobrase de manera espiritual, independientemente de la búsqueda científica de la fisiología del cuerpo humano que busca encontrar los componentes de la materia y el funcionamiento de la mente. El hombre necesita conocer su historia para entender su presente, para conocer el porqué de lo que se proyecta como acción inmediata hacia el futuro. Esto quiere decir, un recobrase del hombre, a partir de su creatividad como ente histórico, y su transformación individual. El hombre no es más que la suma de sus acciones y sus instituciones, sus estructuras y sistemas culturales, son, por lo mismo, la resultante inmediata de estas acciones, en un marco temporal específico. Pero como el hombre nace, crece, se reproduce y muere, las instituciones creadas por el hombre también surgen, se transforman, decaen y acaban por morir. En el caso de las instituciones medievales en nuestro país, la base política en núcleos pequeños llamados municipios, es el indicio de la sobrevivencia de siglos de una estructura política importada directamente de la alta Edad Media.

La grandeza del texto, a nuestro modo de ver, es su universalidad. Su abordamiento de *Geistgeschichte* y *Kulturgeschichte*, más que el recuento monográfico de sucesos en un espacio de tiempo. Y a pesar de que el título se refiere de manera específica a la raigambre medieval de nuestro México, el tema fundamental del libro, el Medioevo, visto a través de sus instituciones políticas, jurídicas, míti-

cas, socioculturales y artísticas, está tratado con profundidad, un rigor científico poco común en nuestro medio de tal suerte que el libro más que una historia de la institucionalización de los arquetipos medievales en México con la Conquista, parece una elucidación filosófica, sociológica, antropológica, jurídica y artístico-cultural de la civilización occidental.

Por haber sido alumna del Dr. Weckmann y haber tenido el raro privilegio de colaborar con él durante una de sus gestiones diplomáticas —en Israel—, conocemos, quizás más que otros, su amor por el trabajo, la precisión con que lo realiza, su disciplina de investigación; sentimientos que nos ha transmitido con bastante generosidad y que han ayudado, sin duda, a nuestra formación profesional como investigadores y escritores. Sabemos que es un enemigo acérrimo de las distorsiones históricas que aún permanecen vigentes en algunos de los libros de texto. El Dr. Weckmann es un historiador acucioso que rechaza las manipulaciones caprichosas de la información. Busca, recaba fuentes, las últimas publicaciones, está al día en todos los temas de su interés y éstos no son pocos. Abarcan todos los aspectos del conocimiento y la cultura humanas. Reflexiona, elucida, consulta a otros expertos en la materia sin temores absurdos o envidias, sopesa su material, establece comparaciones, aclara y al final produce el escrito en el más estricto rigor crítico. Le hemos visto trabajar y mucho es lo que hemos aprendido de él. Mucho es lo que le debemos. Sabemos que cuando escribe, por regla general nos alejará de los estereotipos o falsos mitos que aprendimos en la secundaria o que nos llegan por la vía de la cultura vigente en nuestra sociedad; estereotipos que, según él, no son más que la resultante de la pereza de quienes prefieren la publicación rápida de un textito que la investigación formal y seria versada en fuentes rigurosamente cotejadas y criticadas a la luz del análisis.

La herencia medieval de México por su erudición no es un texto fácil para el neófito. Es agradable y claro para el estudioso, porque arroja una luz sobre aspectos jurídicos, económicos y revisa con un gran sentido del humor —aquella inefabilidad de las verdaderas obras de arte— la sobrevivencia de ciertas costumbres de nuestro folklore.

El libro, prologado por el maestro Silvio Zavala y presentado por el historiador europeo Charles Verlinden, consta de dos gruesos volúmenes, divididos para su manejo en cuatro grandes secciones: a) *Descubrimiento y Conquista* que revisa las ideas geográficas y la fantasmagoría existentes en la época de las exploraciones, así co-

mo la visión medieval de los conquistadores a partir de los libros de caballería; b) *La Iglesia*, lo sobrenatural en el fenómeno de la Conquista, la devoción popular y las experiencias ascética y mística así como los milagros, prodigios y la doctrina, rito y liturgia que dan fundamento a la estructura eclesiástica; c) *El Estado y la Economía* que analiza las instituciones imperiales españolas a partir del Sacro Imperio, los orígenes medievales de la encomienda y la hacienda, instituciones como el mayorazgo y el patrimonialismo —aún vigentes—, las actividades económicas, el comercio y la navegación, el sistema de pesas y medidas, así como la moneda y los gremios y cofradías. Atención especial merece el texto referente a la esclavitud desde sus aspectos jurídicos, y d) *La Sociedad, el Derecho y la Cultura* que revisa la estructura urbana, la administración de las ciudades, el sistema de derecho, la organización social, los colegios y el sistema educativo, la historiografía, la imprenta, la poesía popular, el goliardismo, el teatro, la danza, las pastorelas y las luchas de moros y cristianos, así como la danza macabra, la música en sus formas sacra y profana, la magia y la ciencia (astrología, medicina científica y popular y ciencias naturales), las construcciones militares y civiles y las sobrevivencias románicas, ojivales y mudéjares en la arquitectura religiosa. También se refiere a la pintura, la escultura y las artes menores. Una acuciosa bibliografía y un índice onomástico cierran el trabajo.

El libro es una expresión concreta, casi artística, del pensamiento medieval. Su visión es serena, producto de una vasta experiencia como investigador y como gestor —desde su puesto diplomático— de la historia. Esta obra magna, refleja la preocupación del autor por una revaloración del mundo medieval y en especial de lo que de ese mundo se reestructuró en México. Concreto, vigoroso, terso de estilo, la obra del doctor Weckmann nos recuerda ese algo que podríamos definir como “autoridad” en la materia. Muchas son las obras publicadas por el embajador Luis Weckmann Muñoz, pero bastaría ésta para colocarlo definitivamente en un lugar sobresaliente entre los historiadores más distinguidos de nuestro país. Su lectura es indispensable para todo aquel que pretenda entender la modernidad de México.

Ana FLASHNER

AQUÍ TENEMOS UN ESTUDIO muy ambicioso en su extensión y propósitos. Abarca la historia de la Nueva España desde la conquista

hasta 1650, y aun se extiende algunas veces hasta la época contemporánea. Incluye múltiples aspectos, las ideas, la geografía, las instituciones militares, los juegos, la religión, el Estado, la economía, el derecho, la organización social, la educación, la ciencia y la cultura (poesía, teatro, música, arquitectura, artes plásticas). Más aún, la temática hace necesario tratar también la historia de España y hacer referencias doctas a Portugal, a Italia y a Flandes. A través de cuarenta capítulos, organizados en cuatro partes, se nos informa acerca de una infinidad de detalles de la vida novohispana. Es una lectura llena de sorpresas y de tesoros, aunque algunas veces pesada, cuando se vuelve casi una lista de ejemplos. El propósito de tal despliegue es sostener la afirmación de que los mexicanos son “más ‘medievales’ que buena parte del Occidente”.

Aparte el respeto ante la erudición y la gratitud por el trabajo paciente de tantos años, el sentimiento que despierta este *magnum opus* es sorpresa; sorpresa de ver publicada, en 1984, una obra histórica donde se quiere decir prácticamente todo sobre una época y sobre un fenómeno. Vienen a la mente nombres como Jacob Burckhardt o Johan Huizinga, quienes, sin embargo, no trataron de incluir tantos elementos en sus obras, como los que incluye el Dr. Weckmann. Lo ambicioso del alcance de esta obra no se puede considerar como un desacierto, pero tal vez no se puede deslindar de algunos de sus problemas.

En primer lugar, a pesar de que todos los esfuerzos del autor apuntan hacia la identificación y explicación de lo “medieval” en México, nunca se define qué se entiende por “medieval”. El término en sí es simplemente cronológico, como todos sabemos, pero aun así precisarlo es problemático, en especial para el siglo XVI en España, porque allí la definición de “medieval” tiene que hacerse con base en consideraciones ya no cronológicas, sino conceptuales. Esta falta de claridad por parte del autor lo lleva a proposiciones curiosas y tal vez falaces. También lo lleva, algunas veces, a perder de vista su propio objetivo. Por ejemplo, al terminar la parte del primer volumen dedicada a la iglesia, queda la impresión que para el autor cualquier fenómeno religioso es esencialmente medieval. Hasta Erasmo es medieval. De acuerdo que muchos cultos, prácticas y creencias que tuvieron sus orígenes en algún momento de la Edad Media pasaron a Nueva España, pero ¿por qué afirmar que la devoción a los santos o las experiencias místicas, por ejemplo, *son* medievales? *Son* igualmente renacentistas, barrocas o aun contemporáneas. Y ¿por qué debemos aceptar que por la presencia de estos fenómenos México *es* medieval? Con la misma lógica

podríamos decir, y no ha faltado quien lo haya dicho, que México es barroco. La confusión aumenta cuando el Dr. Weckmann explica que ciertos elementos medievales de la religión son de origen helenístico. Entonces, ¿somos helenísticos? Pregunta absurda, tal vez, pero no se puede dejar de hacer cuando se nos presentan ejemplos y explicaciones en un contexto de búsqueda de una herencia medieval y donde se hace la declaración que “somos” medievales. En el fondo hay, detrás de toda la exposición de este estudio, una fe en categorías y entidades fijas y objetivas en la historia. Esto es lo que lleva a convertir la presencia de una herencia medieval, de la que nadie dudaría, con una definición de identidad nacional.

El segundo problema serio de la obra, éste sí probablemente inevitable en un estudio de tal alcance, se manifiesta al examinar uno de los temas en detalle. Es imposible que una persona, por culta que sea, con la proliferación actual de estudios especializados, pueda tratar de todo con la misma profundidad y precisión. Tengo la impresión, aunque me falta la competencia para juzgar, que la parte dedicada al derecho es la de mayor profundidad. Tenía que ser por la preparación y experiencia del autor. Sin embargo, donde sí puedo juzgar, en el campo de las artes plásticas, veo insuficiencias. Voy a enumerar algunas, sin afán de denigrar, pero con la intención de indicar el tipo de dificultad que encuentra un autor que hoy pretende abarcarlo todo.

Que lo pretendiera Burckhardt al escribir del mundo y del arte del Renacimiento en 1860, no sorprende. Sus notas, de hecho, nos indican, si no lo supiéramos, que sobre arte sólo existían las obras de los autores de la misma época estudiada —Alberti, Vesari, Cellini, etc. En la actualidad hay una bibliografía importante, por estudiosos de la envergadura de Erwin Panofsky y otros, sobre la definición de renacimiento, donde se trata también, por supuesto, el problema de definir lo medieval. No nos enteramos de esto por el Dr. Weckmann. De hecho, por lo que respecta a las artes plásticas, la bibliografía del Dr. Weckmann es curiosamente dispareja. Hay mucho de Manuel Toussaint, pero falta la igualmente indispensable *Historia del arte hispanoamericano* de Diego Angulo. Tal vez más grave es el hecho que de títulos actuales sólo hay seis publicaciones de los años 70, abarcando temas mexicanos y universales. La más reciente es el libro sobre Xoxoteco de Juan Benito Artigas de 1979.

Las referencias al arte en el texto son igual de heterogéneas y a menudo contradictorias. Por ejemplo, aunque lo diga Francisco de la Maza, los grabados de Schongauer y las pinturas de Beccafu-

mi (al revés de como lo tiene el texto, p. 213) no son medievales. Si bien es de notar el paralelismo entre la importancia dada a la imagen respecto a la palabra por algunos teólogos medievales y por los frailes misioneros en la Nueva España, no viene al caso la comparación con “las pinturas y retablos y los espléndidos vitrales de las iglesias góticas” (p. 288). La génesis de las obras góticas europeas respondía a otras necesidades que la evangelización. Y un ejemplo en materia de iconografía, Dios Padre sí aparece en la iconografía medieval, en especial dentro de una de las tradiciones pictóricas de la ilustración del Antiguo Testamento, como es lógico. Después de afirmar lo contrario (p. 362), el Dr. Weckmann recuerda el Dios Padre de una de las capillas posas de Huejotzingo, así refutando su propia insistencia sobre el carácter medieval del arte del siglo XVI en Nueva España.

La falta de bibliografía actual y —hay que decirlo—, adecuada, se hace, en especial, sensible en las secciones dedicadas, de manera específica al arte en el segundo volumen. Se dan listas de monumentos tomando por seguras, fechas que no lo son. Se afirma sin titubeos que “los monasterios-fortalezas novohispánicas del siglo XVI. . . eran refugios y bases militares operativas” (p. 706). Como ejemplo de ornamentación románica se cita la capilla abierta de Tlalmanalco (p. 702) y como ejemplos del gótico se dan las iglesias de Acolman y Actopan (p. 704). Es inexplicable la declaración que las iglesias de Cuilapan, Tecali y Zacatlán son de una nave (p. 702) cuando de hecho son de planta basilical. Tratándose de arte medieval es incongruente hablar de artes mayores y artes menores (p. 721), categorías que son definitivamente postmedievales. Al pronunciarse sobre pintura, el Dr. Weckmann hace hincapié en la influencia flamenca en el siglo XVI, naturalmente (pp. 723-724). Ésta es otra ocasión en la que surgen problemas por la falta de definición de lo medieval. Aunque no lo dice con claridad, el autor parece creer que la escuela flamenca es medieval. ¿Qué pensarían Simón Pereyts y Martín de Vos de tal suposición? Totalmente confuso es el tratamiento que se le da al relieve en piedra de la *Adoración de los Reyes Magos* en Churubusco (p. 724). Aparte el error de describirlo como si fuera pintura, la comparación con Nicola Pisano es formal, iconográfica e históricamente inverosímil.

No vale la pena abundar con más ejemplos de problemas cronológicos, estilísticos e iconográficos. No se trata de corregir la obra de Weckmann, sino de comentarla. Tampoco la presencia de errores y omisiones nos debe de distraer del reto que representa este tipo de trabajo para los estudiosos especializados de hoy, ni

nos debe llevar a menospreciar la riqueza del material que nos ofrece o a negar la importancia de herencias medievales en México. Aunque el Dr. Weckmann pudiera haberse apoyado en fuentes y metodologías más adecuadas en el caso de las artes plásticas —y en otros casos también, supongo— hay que reconocer que faltan muchos estudios que le hubieran podido servir. ¿Cómo determinar, por ejemplo, qué tan góticas son las iglesias conventuales del siglo XVI, si no existe todavía un análisis detallado de las bóvedas “góticas” novohispanas? Las riquezas que se encuentran en esta obra deberán fructificar en estudios que profundicen sus múltiples puntos de análisis.

Clara BERGELLINI
*Instituto de Investigaciones
Estéticas, UNAM*